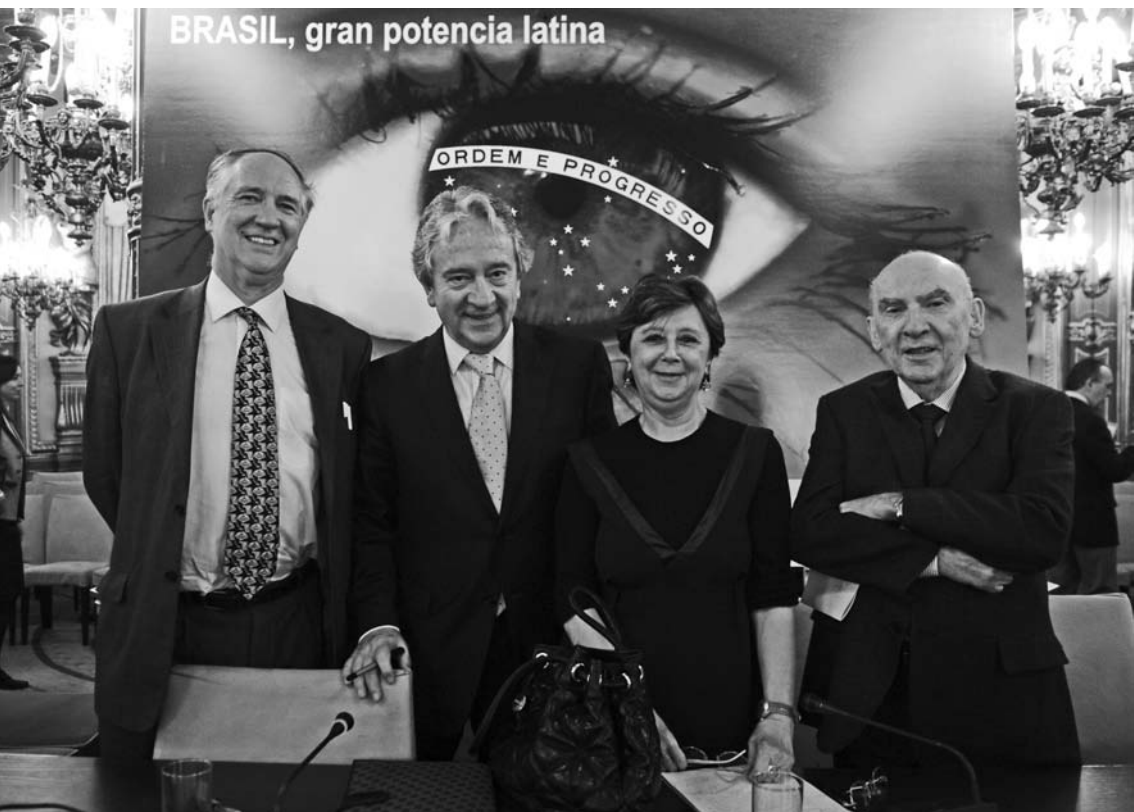


Historia, valores y sociedad



Laurence Whitehead, Federico Ysart, Lourdes Sola y Boris Fausto



Lourdes Sola y Boris Fausto

Brasil, entre el pasado y el futuro

Boris Fausto

Recorrer en unas pocas páginas el proceso histórico de Brasil, desde la época colonial hasta los tiempos recientes, sería una tarea inviable. Por consiguiente he optado por seleccionar algunas cuestiones relevantes que guardan relación con polémicas historiográficas que inciden en nuestra época.

21

La esclavitud

El primer tema es el de las relaciones esclavistas y su correlato; es decir, las relaciones raciales. Como se sabe, a diferencia de lo sucedido con la mayoría de las colonias españolas en América Latina, que recurrieron principalmente a la sumisión de los indios bajo diversas formas, la corona portuguesa optó, sobre todo, por la esclavización de los negros africanos y sus descendientes. Esa elección no fue inmediata, puesto que la idea inicial consistía en intentar implantar grandes dominios rurales, contando con el trabajo esclavo de los indígenas.

El intento fracasó por la serie de razones que se enumeran a continuación, aunque no necesariamente por orden de importancia. Los indígenas vivían en un territorio que conocían

bien y en el que se desenvolvían con facilidad; se resistían a un trabajo reglado y obligatorio que era contrario a su modo de existencia, basado en la pesca, la recolección y una agricultura incipiente. Por si eso no bastara, la esclavización de los indígenas sufrió la oposición de la Iglesia católica, que había concebido un proyecto propio de creación de aldeas, en las que las órdenes religiosas se dedicaban a cristianizar a los nativos —una violencia cultural—, sirviéndose también de rígidas formas de trabajo. Las masacres de miles de indígenas, que dieron lugar a una verdadera catástrofe demográfica, contribuyeron a convertir la esclavitud en una cuestión polémica, en especial cuando las grandes propiedades comenzaron a arraigar en el nordeste de la colonia. Dada la ausencia de contactos anteriores, la llegada de los portugueses provocó diversas epidemias de enfermedades —incluyendo el sarampión, la viruela y la gripe— contra las que los indígenas carecían de protección biológica.

Sin embargo, es importante distinguir entre las diversas regiones del país. En el nordeste, la introducción de esclavos africanos en las grandes plantaciones de azúcar empezó a producirse en los últimos años del siglo xvi. En la aislada región de São Paulo, la esclavización de los indígenas, su aproximación a los portugueses, y el mestizaje a gran escala dieron lugar a un paisaje sociocultural muy diverso, en el que destacaba la existencia de los mamelucos (cruce de blancos e indios) y el predominio lingüístico del *nheengatu*: un dialecto del tupí, generalizado por los misioneros jesuitas.

La alternativa de emplear esclavos africanos ofrecía bastantes ventajas. Los esclavos, importados de la costa de África, llegaban a una tierra extraña, en la que durante los primeros

tiempos carecían de puntos de referencia. En muchas ocasiones, la esclavización ya se había producido en África, donde el tráfico de esclavos se había implantado con anterioridad a la colonización portuguesa en América. La Iglesia católica, por su parte, no renunció a cristianizar a los africanos, pero pretendió hacerlo en el interior de las haciendas y en los poblados, sin cuestionar la esclavitud negra. Se estima que entre 1550 y 1855 llegaron a los puertos de Brasil —Salvador y Río de Janeiro, principalmente— cerca de cinco millones de esclavos, en gran parte jóvenes del sexo masculino.

Como tema académico, las relaciones de trabajo basadas en la esclavitud dieron lugar a, cuanto menos, dos controversias y revisiones históricas significativas. La primera de ellas, de contenido claramente antirracista, trata de la definición del esclavo como no-sujeto, y presenta un enfoque claramente estructural. No es casualidad que los sociólogos sean los principales responsables de este enfoque, debiéndose destacar aquéllos que algunos denominan, no sin cierta ironía, de «la escuela paulista de sociología». La otra perspectiva, más reciente, defendida por historiadores y antropólogos, adopta una visión más próxima a la microhistoria, en la que se resalta el papel del esclavo como sujeto bajo diversas formas, que van desde comportamientos personales —agresiones y resistencias al ritmo del trabajo— hasta los movimientos colectivos.

La segunda observación historiográfica se refiere a una revisión de las características básicas del sistema socioeconómico de la América portuguesa. No se ignora el hecho de que los portugueses trataron de implantar en Brasil el sistema colonial, caracterizado por la producción de bienes a gran escala destinados al comercio internacional bajo el monopolio de la

corona. El principal núcleo productivo era la propiedad rural, donde se cultivaba caña de azúcar, si bien a finales del siglo XVII cedería terreno, aunque sin desaparecer por completo, ante el descubrimiento de oro y diamantes en la capitanía de Minas Gerais.

24 En los últimos años, nuevos estudios sobre la cuestión del tráfico de esclavos con destino a Brasil han revelado que resulta imposible concebir la constitución de la América portuguesa sin tener en cuenta las estrechas relaciones que ésta mantenía con África, al margen del circuito de Lisboa. En más de una ocasión, diversas investigaciones cuantitativas, como las llevadas a cabo por Manoel Florentino y João Fragoso, han demostrado la importancia del tráfico en sí como factor de acumulación de capital y de formación de un segmento social de traficantes, en su mayor parte brasileños, cuya riqueza incentivó las inversiones inmobiliarias y el crecimiento de los centros urbanos, con Río de Janeiro en primer lugar. Así, se ha puesto de manifiesto que, a partir de mediados del siglo XVIII, la América portuguesa no sólo se caracterizaba por el latifundio exportador o la explotación de minas de oro y diamantes, sino que a ello habría que sumar la presencia de un segmento mercantil muy activo, con bases tanto en África como en Brasil, que convirtió el tráfico de esclavos en su negocio. Añádase a esta consideración, de paso, la mayor atención prestada al papel desempeñado por el mercado interno en la vida de la colonia.

Las relaciones esclavistas penetraron profundamente en la sociedad colonial y en el Brasil del siglo XIX. Estaban los esclavos que trabajaban en la casa grande, los esclavos del campo, los esclavos urbanos; desde centenares de esclavos empleados

en las grandes plantaciones o en la casa grande, hasta los propietarios de uno o dos esclavos, que en los centros urbanos eran destinados al servicio doméstico. La visión de la esclavitud según el modelo de la casa grande y *senzala* (lugar que en las haciendas se destinaba a la residencia de los esclavos), es decir, desde la perspectiva de la plantación, en la que los señores empleaban a centenares de esclavos, estuvo muy influida por el célebre libro del sociólogo Gilberto Freyre, titulado *Casa-grande y senzala*, que salió a la luz en 1933. Durante mucho tiempo se adoptó como modelo, si bien sólo era válido para las áreas del nordeste de Brasil. El hecho de que la esclavitud fuera muy amplia, extendiéndose más allá del ámbito de los grandes señores, demuestra hasta qué punto arraigó en la sociedad brasileña, y por qué amplios sectores de la población afrontaron el trabajo manual de forma negativa.

25

Brasil fue uno de los últimos países de América en abolir la esclavitud, tras un largo proceso legislativo gradual que duró casi sesenta años. Se empezó por la denominada «lei para inglês ver», que preveía, por presión de Inglaterra, la extinción del tráfico internacional a partir de 1830; posteriormente, en 1850, éste se abolió definitivamente. Más adelante se adoptaron otras medidas graduales, como la Ley del Vientre Libre (1871), que declaraba libres, con arreglo a determinadas condiciones, a los hijos de mujeres esclavas que hubieran nacido tras su aprobación; la Ley de los Sexagenarios (1855), por la que los mayores de sesenta años quedaban liberados; y finalmente, en 1888, la abolición total de la esclavitud, sin indemnizaciones.

La última medida no tenía nada de revolucionaria puesto que cuando se implantó las provincias del norte ya no estaban preocupadas por que la esclavitud desapareciera en la prác-

tica, habiendo sido sustituida por otras formas de dominación. Concretamente en São Paulo, los grandes hacendados productores de café ya habían encontrado una salida que resolvía convenientemente el problema de la mano de obra: la inmigración subsidiada de inmigrantes europeos. Esta última circunstancia contribuyó a que la población negra fuera socialmente marginada y tuviera que depender de trabajos inferiores y mal remunerados. Así, la herencia cultural del Brasil esclavista persiste hasta nuestros días, tanto más cuanto que el sueño de los abolitionistas más coherentes, en el sentido de dar oportunidades de educación, salud y trabajo cualificado a los ex-esclavos y a sus descendientes, no se cumplió.

26

La existencia del prejuicio racial en Brasil se negó —y todavía sigue negándose— en ciertos medios desde las primeras décadas del siglo XIX, cuando en los círculos de las élites se forjó el mito de la unión de las tres razas —blanca, negra e india— para hacer frente a los holandeses que a mediados del siglo XVII invadieron el nordeste de Brasil. Desde esta perspectiva, los índices de desigualdad en el acceso a la educación, a mejores empleos, etc. obedecerían a una cuestión de clase y no de raza. Es decir, una vez superada la desigualdad social, que afecta a mulatos y a negros, el problema desaparece, puesto que no existe un prejuicio racial.

Diversas constataciones desmienten esa afirmación; entre otras, el hecho de que las personas negras de clase media tengan dificultades para ocupar puestos de trabajo en las mismas condiciones que las blancas; el hecho de que, en la práctica, no puedan frecuentar clubs de élite, pese a que la discriminación racial esté tipificada como delito en Brasil; el hecho de que las autoridades policiales desconfíen de las personas ne-

gras que adoptan una actitud considerada «sospechosa» o durante la investigación de delitos penales.

Otra fuente importante que revela el alcance de la discriminación social en la vida cotidiana son los relatos individuales de personas negras, cuya percepción está lejos de ser una fantasía. Conviene recordar que estamos hablando de amplios sectores de la población. Así, por ejemplo, la Encuesta Nacional por Muestreo de Hogares (PNAD, por sus siglas en portugués) de 2008 indica que las personas que se reconocen como negras (el 6,8 %) o mulatas (el 43,8 %) superan a la población blanca (el 42,5 %), y esto, por primera vez, en la historia del país.

Por otro lado, el problema del prejuicio racial presenta unas peculiaridades que lo diferencian del que hubo —y todavía hay— en Estados Unidos. Las acciones afirmativas —entre las que se incluye la creación de cuotas, es decir, de puestos de trabajo en condiciones especiales para negros, en empresas y universidades— son bastante polémicas. Hay una cuestión esencial que divide la corriente que considera que Brasil es un país mestizo, sin problemas de raza, y los movimientos negros que distinguen entre los euro-descendientes, por un lado, y los afro-descendientes, por otro. Esta categorización en dos grupos contrasta con la percepción de una gradación de colores, que distingue entre blancos, negros y mulatos, existente desde hace siglos en Brasil y que repercute de forma significativa en la política social.

27

El Brasil cordial

A continuación voy a abordar un segundo tema, también de carácter sociocultural. Se trata de la percepción de que Bra-

sil, a lo largo del proceso histórico, se caracteriza, a diferencia de lo sucedido en otras repúblicas latinoamericanas, por la naturaleza pacífica de sus transformaciones.

En el breve recorrido por la historia de Brasil que voy a presentar, no incluiré las relaciones exteriores. Sólo observaré que a partir de finales de la terrible guerra de la Triple Alianza (1864-1870), entre Brasil, Argentina y Uruguay, por un lado, y Paraguay, por otro, el país no se involucró en conflictos externos, resolviendo los problemas fronterizos mediante la negociación entre las partes.

28

El recorrido histórico revela que el «carácter pacífico» de las transiciones es un factor digno de tener en cuenta, comenzando por la independencia del país en 1822. En esencia, la emancipación política no resultó de un movimiento insurreccional, ni de la movilización popular, sino de una serie de acontecimientos cuyo origen se encuentra en la transferencia de la corte de Braganza a Brasil, a raíz de la invasión de Portugal por parte de las tropas de Napoleón. El príncipe regente y futuro rey Juan VI, a su paso por Bahía, camino de Río de Janeiro, puso fin a lo que quedaba del sistema colonial abriendo los puertos de la América portuguesa a las naciones amigas, lo que a la sazón significaba, en esencia, a Inglaterra.

Entre la instalación de la corte en Río de Janeiro y la independencia de Brasil, se produjo un fenómeno curioso que varios historiadores han resumido diciendo que «la colonia se convirtió en metrópolis». De hecho, mientras la sede de la monarquía lusa se instalaba en Brasil, Portugal vivía la ocupación francesa y después la presencia británica. El regreso de Juan VI a Portugal, en abril de 1821, motivado por una revolución

liberal en la corte, facilitó la proclamación de la independencia por su hijo Pedro I, en unas circunstancias en las que las élites locales brasileñas y de origen portugués desempeñaron un papel crucial. En esa transición pacífica, en la que Brasil surgió como única monarquía en una América republicana, la excepción más significativa se dio en la provincia de Bahía, donde las tropas portuguesas se negaban a aceptar la independencia de la colonia y no fueron derrotadas hasta el 2 de julio de 1823. Este acontecimiento fue tan significativo, que los bahianos no conmemoran el 7 de septiembre de 1822 como la fecha más importante de la independencia, sino el 2 de julio de 1823.

Décadas después, la transición del régimen monárquico al republicano, en 1889, se produjo sin grandes altercados. Algunos historiadores incluso han llegado a sugerir que el primer presidente de la República, el mariscal Deodoro da Fonseca, al frente del grupo que destituyó al emperador, no deseaba el cambio de régimen, sino simplemente ejercer presión, a raíz de las quejas corporativas del Ejército, para conseguir una reforma ministerial.

En el siglo xx, la revolución de 1930 que condujo a Getulio Vargas al poder y, poco después, la revolución de 1932, en la que el Estado de São Paulo se levantó contra el gobierno de Vargas, pusieron fin a la pauta de las transiciones sin altercados. Ambas fueron fruto de escisiones entre las élites, cosa que nunca había sucedido en el pasado. Más adelante, la implantación de una dictadura por Vargas, en 1938, se produjo con el apoyo de las élites regionales —excepto en el caso de São Paulo—, con el apoyo de las clases populares y sin una firme oposición. La destitución del dictador, en 1945, cuando

dio comienzo una fase de democratización del país, también se produjo pacíficamente, hasta el punto de que Vargas conservó sus derechos políticos y fue elegido senador por amplia mayoría.

Y llegamos finalmente al régimen militar, instaurado con escasa resistencia en 1964. El análisis comparativo de la dictadura militar en Brasil y de otras en América Latina, durante la misma época, es una tarea delicada. No hace mucho, la distinción entre las otras dictaduras del continente sudamericano y la denominada «dictablanda» provocó una ardiente polémica en los periódicos brasileños. Es comprensible. Quien vivió en esa época, sabe mejor que nadie que la dictadura brasileña fue responsable de muertes, de torturas sistemáticas a partir de 1968, de la «desaparición» de personas, de la asfixia de las libertades públicas y del clima de miedo instaurado en el país.

30

Dicho esto, no es posible pasar por alto, con fines de análisis histórico, el hecho de que el régimen dictatorial en Brasil fue menos terrible que los implantados en Argentina, Chile y Uruguay, y eso no sólo en el terreno cuantitativo. Así, en las universidades, por ejemplo, a pesar de los ceses de profesores y de la invasión de las aulas, se mantuvieron y hasta ampliaron las posibilidades de investigación, incluso en el área de las ciencias humanas, donde continuó predominando una ideología de izquierdas, con distintos matices.

Para bien o para mal, el proceso de transición de la dictadura a la democracia en los años ochenta fue, hasta cierto punto, un proceso lento, gradual y seguro, tal y como deseaba el presidente de Brasil, el general Ernesto Geisel (1974-1978). La ley de amnistía (agosto de 1979), aprobada durante el Gobierno

del general Figueiredo, perdonó indistintamente a agentes de la dictadura y a opositores del régimen, de acuerdo con el principio de que era preciso enterrar el pasado y no establecer diferencias entre los protagonistas, ni de un lado ni de otro. Mientras que en Argentina, por ejemplo, se instauraban procesos contra figuras centrales de la dictadura, entre marchas y contramarchas, en Brasil, la tesis formulada en años recientes acerca de la imprescriptibilidad de los crímenes de tortura y muerte practicados por los agentes del Gobierno militar no ha tenido una gran repercusión, puesto que la convicción actual es que el pasado es una página de la historia que ya ha quedado atrás.

Esta breve descripción parece apuntar hacia el carácter pacífico de las transiciones históricas brasileñas, con algunas excepciones, la más clara de las cuales correspondería a los años de la dictadura militar. Pese a que esta constatación es cierta, la verdad es algo más amplia. En primer lugar, debemos recordar las guerras civiles, con tintes de brutalidad, que se han producido a lo largo de la historia brasileña. Algunos ejemplos incluyen las revueltas o revoluciones ocurridas en el proceso de consolidación de la independencia, en Pará, Maranhão y Pernambuco, provincias del norte o del nordeste del país. También conviene recordar la llamada «Guerra de los Harapos», que tuvo lugar en Río Grande del Sur entre 1835 y 1845, o, en ese mismo Estado, la Revolución Federalista (1893-1895), en la que fue práctica común el degollamiento de prisioneros por parte de ambas facciones combatientes.

Un caso especial fue el de la población de Canudos (1893-1897), en el Estado de Bahía, liderada por Antonio Mendes Maciel, más conocido como Antonio Conselheiro (Consejero), que

logró agrupar entre veinte mil y treinta mil habitantes. Puesto que el sueño de regreso del emperador era común entre los pobladores del *sertão* (tierras semiáridas del nordeste de Brasil), el movimiento comunitario sonó en Río de Janeiro como una peligrosa conspiración monárquica contra el régimen republicano. Tras sucesivas derrotas de las tropas del Ejército, la localidad de Canudos fue finalmente arrasada y sus habitantes, tras caer prisioneros, degollados. Este episodio de un pretendido combate entre «civilización y barbarie» dio origen a la célebre obra *Os Sertões* (*Los Sertones*, en la primera edición en español, publicada en Argentina en 1938), de Euclides da Cunha, un ingeniero militar que fue enviado como periodista al lugar de los hechos. Asimismo, al cabo de varias décadas, motivó dos obras de ficción: *La guerra del fin del mundo*, del peruano Mario Vargas Llosa (1981), y *El juicio de Canudos*, del escritor húngaro Sándor Marái (traducido al portugués en 2002).

32

Si menciono estos conflictos es porque son reveladores en muchos aspectos. Entre otras cosas, observo que, con excepción de la Revolución de 1932 en São Paulo, el resto de los conflictos se han dado en zonas periféricas del país, lo que indica que las élites de las provincias centrales de Brasil, tanto durante la época del Imperio como de la República, disfrutaban de un grado de cohesión relativamente elevado. Al comparar los casos de Brasil y de Argentina, resulta evidente que, si bien la formación del Estado nacional fue menos complicada en Brasil, en Argentina, las guerras civiles entre unitarios y federalistas dividieron el país, hasta el punto de que la nación sólo logró consolidarse en los primeros años de la década de 1860.

Para cerrar este tema, una breve observación valorativa. En una época en que el régimen democrático, pese a los tropiezos, se ha consolidado en muchos países del mundo occidental, la aceptación del consenso en torno a principios básicos, la capacidad y propensión a negociar, el rechazo de la dialéctica amigo-enemigo, son virtudes de innegable importancia. Si bien es cierto que Brasil ha avanzado por ese camino, manteniendo la continuidad del régimen democrático y progresando en los planos económico y social, no son pocos los problemas con los que se enfrenta, incluyendo la todavía flagrante desigualdad social y la fragilidad institucional. La resolución de los problemas no es simple, y uno de los factores que la convierte en más difícil es la conciliación de las élites cuando sus intereses económicos o políticos están en juego.

La corrupción

33

Y llego al tercer y último apunte: el problema de la corrupción. Quiero observar que no voy a referirme a cualquier tipo de transgresión de la ley, sino a un fenómeno que siempre implica a agentes públicos. Esta distinción es importante porque, como recuerda el historiador José Murilo de Carvalho, si no hay «corrupción positiva», los actos de transgresión de la ley hasta pueden estar justificados, especialmente cuando funcionan como estrategia de supervivencia entre la población necesitada.

Una percepción común en Brasil, tanto en el pasado como en el presente, es la perpetuidad del problema, cuyas raíces se hallarían en la formación ibérica del país, de modo que la corrupción se encontraría en el ADN de todos los brasileños. De ella se derivarían las relaciones sociopolíticas patrimonialis-

tas y una de sus consecuencias: el nepotismo. Dicha perspectiva suele ir acompañada de una apreciación fatalista. Si la corrupción está inscrita en la genética del país, las posibilidades de reducirla significativamente serían, en el mejor de los casos, remotas.

34 Esto es lo que piensa actualmente una parte de la élite política. Sus integrantes han insistido, abierta o veladamente, en que el uso privado de recursos públicos en su propio beneficio o en el de sus familiares en muchos casos se justifica, absolviéndose anticipadamente mediante la práctica de actos de esta naturaleza. La práctica del nepotismo también cuenta con defensores manifiestos u ocultos, en una readaptación de comportamientos aceptados en tiempos muy distintos de los actuales. Evitando ir muy lejos, recuerdo que, aquí y allá, se justifica argumentando que en la sociedad brasileña, desde que Pedro Álvares Cabral desembarcó en la Tierra de Santa Cruz, siempre han existido prácticas de corrupción.

Ahora bien, no es posible comprender la corrupción actual, sin tomar en consideración la perspectiva histórica. No se trata de desestimar las raíces de la formación del país, sino de rechazar una explicación monista, cuando se sabe que las instituciones, las percepciones culturales, la propia definición de lo que constituye corrupción van cambiando a lo largo del tiempo.

En un breve recorrido por la historia de Brasil, tomando como época inicial la Primera República (1889-1930), observo que la élite política de entonces, constituida por oligarcas regionales, raramente fue acusada de prácticas corruptas. El ejemplo más ilustrativo de ello sería el que nos ofrece el último de los presidentes del período, Washington Luís, que después de

haber sido destituido, partió para el exilio, donde tuvo que afrontar serias dificultades económicas. Al mismo tiempo, casi todas las figuras políticas de la época fueron cómplices de fraude electoral. Esta señal evidente de corrupción política no puede justificarse por las costumbres de la época, puesto que las frágiles fuerzas de la oposición que existían entonces siempre lucharon contra el fraude y a favor de una justicia electoral que garantizara la denominada «verdad de la representación».

Entre 1930 y 1945, durante los quince años en que Getulio Vargas gobernó el país, casi siempre bajo un régimen dictatorial, el problema de la corrupción no desempeñó un papel relevante en la agenda política; sus adversarios podían acusarlo de muchos males, pero no de prácticas ilícitas. Mientras fue posible mantener la confrontación política, los temas de la estabilización del régimen democrático, de la concesión de derechos a los trabajadores, de la represión del comunismo tuvieron amplia precedencia sobre cualquier otro.

En el contexto del régimen democrático instaurado después de la caída de Vargas (1945-1964), el tema de la corrupción, entre otros, adquirió relevancia. En aquellos años había dos corrientes políticas principales enfrentadas: por un lado, el populismo getulista, anclado en los liderazgos sindicales creados durante el Estado Nuevo y en el Partido Laborista de Brasil (PTB), que hacía hincapié en los avances sociales y en la protección de los trabajadores; y por otro, el liberalismo conservador, encarnado en la Unión Democrática Nacional (UDN), cuyo discurso incluía, en especial, la denuncia de las transgresiones practicadas por miembros del Gobierno, al tiempo que predicaba la morigeración de las costumbres políticas. Re-

salto, de paso, que la UDN desapareció, como la mayoría de los demás partidos existentes en los años 1945-1964, pero la crítica al «udenismo» persistió, considerado ideológicamente como ejemplo de «moralismo abstracto», insensible a las reivindicaciones sociales.

En el episodio de las presiones contra Vargas en 1954, a la sazón presidente electo democráticamente, que llevaron a su dramático suicidio, el tema de la corrupción fue un recurso político central que sensibilizó a los sectores militares y a una indignada clase media. Aunque no fuera posible acusar a Vargas personalmente, sus adversarios supieron utilizar el tema del «mar de lodo» que invadió el Palacio de Catete (el palacio presidencial), y responsabilizaron al presidente de las prácticas de su círculo de colaboradores más inmediato.

36

Quien primero relacionó eficazmente el discurso del moralismo con el populismo fue el presidente Jânio Quadros, figura contradictoria que asumió el poder en enero de 1961 y renunció al cargo en menos de siete meses. Si su elección se debió a diversas razones, la promesa de barrer la suciedad de la política brasileña le garantizó un gran prestigio entre la clase media y los medios populares.

Durante la campaña electoral, gracias a un *marketing* muy eficiente, se asoció una escoba a su figura: Jânio se convirtió en «el hombre de la escoba». Su inesperada renuncia desestabilizó el sistema político, convirtiéndose en el primer paso para que el deseo autoritario se cumpliera, con el movimiento de marzo/abril de 1964. Se trató de un «movimiento», y no de un «golpe», porque los militares y civiles que articularon el hundimiento del presidente João Goulart supieron movilizar una

clase media asustada a causa de las reformas anunciadas por el Gobierno, de la amenaza de la implantación de la «república sindicalista», e indignada a causa de la corrupción que, real o supuestamente, involucraba a miembros del Gobierno y de la esfera de los negocios privados.

Tanto es así que, al llegar al poder, los militares llevaron a cabo un gran número de interrogatorios para dar con actividades subversivas y actos de corrupción, o ambas cosas a la vez. Sin embargo, en poco tiempo, el discurso de los generales-presidentes puso fin al tema de la moralidad, y el régimen se legitimó durante varios años gracias a sus éxitos económicos.

Cuando la democracia resurgió, a principios de la década de 1980, en medio de las nuevas condiciones sociales y políticas, la estabilidad del régimen y la construcción de instituciones sólidas se convirtieron en cuestiones relevantes. En este sentido, la mayor transparencia de las acciones de los gobernantes y las relaciones entre las esferas pública y privada fueron adquiriendo un mayor protagonismo.

Por lo que respecta a los hechos, un caso lamentable fue el de Fernando Collor de Mello, político proveniente de un pequeño Estado del nordeste de Brasil (Alagoas), que se lanzó como candidato a la presidencia de la República en 1989 por un efímero partido. Considerado inicialmente como un *outsider*, Collor desarrolló en la campaña electoral un discurso moralizante, empleando ampliamente los recursos del medio televisivo. La escoba de Jânio Quadros ahora daba lugar a la figura del cazador de maharajaes: los funcionarios públicos que ocupaban altos cargos y percibían sustanciosos salarios. Tampoco faltaron acusaciones de corrupción contra el presidente

Sarney, que había decepcionado a gran parte de la sociedad al fracasar en las medidas para detener la inflación.

Collor fue destituido del poder por el *impeachment* decretado por el Congreso Nacional, en un clima de manifestaciones callejeras promovidas principalmente por jóvenes de clase media: los llamados «caras pintadas». Las denuncias iban dirigidas, principalmente, contra su persona y su tesorero de campaña y asesor directo, Paulo Cesar Farias, más conocido como PC Farias, por estar involucrados en un plan de favorecimiento ilícito a grupos privados, mediante la debida «compensación». Pese a que el paso de Jânio Quadros y de Collor de Mello por la presidencia de la República fue bastante sombrío, las imágenes creadas por ambos, y los resultados electorales obtenidos por ellos, ponen de manifiesto que el tema de la lucha contra la corrupción puede, en determinadas circunstancias, tener repercusiones entre las clases populares.

38

Antes de pasar brevemente a los días actuales, vale la pena recordar un hecho que contribuyó al desgaste de la élite política: la construcción de Brasilia, que a partir de mediados de 1960 se convirtió en la capital de Brasil, sede del Poder Ejecutivo, de los Tribunales Superiores, del Poder Legislativo y de los distintos Ministerios. El cambio de la capital del país al altiplano central favoreció la diseminación de un factor negativo que sus impulsores difícilmente podían imaginar: la gradual emergencia de un mundo de fantasía y la formación de un núcleo mixto de oligarcas y arribistas, unos y otros muy distantes de la ciudadanía.

El Brasil de nuestros días se caracteriza por una situación peculiar. Nunca han existido tantas investigaciones, especial-

mente a cargo de la Policía Federal, sobre actos de corrupción que involucran a corporaciones y personas poderosas. Nunca los escándalos en el área institucional pública han estallado con tanta claridad y con tanta frecuencia. ¿Acaso las prácticas ilegales se han multiplicado, o tal vez están saliendo a la luz gracias a medidas represivas más eficaces? Ambas cosas, salvo que el castigo de los involucrados se produce muy lentamente, provocando el escepticismo de la opinión pública.

Antes de concluir, una breve referencia al Gobierno de Lula desde la perspectiva del tema propuesto. No es posible huir de los hechos. Las sucesivas acusaciones contra autoridades que ocupaban altos cargos no son fantasías procedentes de disputas políticas. Están bastante fundamentadas, según reconocieron el procurador general de Justicia y el Tribunal Supremo Federal. En el auge de la crisis de «ausencia de ética en la política», el prestigio del presidente se vio severamente ensombrecido, pero todo eso, por grave que fuera, acabó siendo como una nube de verano. La maquinaria del Gobierno, los progresos en el plano económico-social, la pérdida de rumbo de la oposición, y la capacidad de comunicación fueron factores que permitieron al presidente de la República recuperarse y volver a alcanzar altos índices de popularidad. Coyunturalmente —y hago hincapié en el adverbio—, el tema de la corrupción, bajo el aspecto político, ya no forma parte de la agenda política. La opinión pública manifiesta cansancio, mientras que la opinión popular está sumergida en la indiferencia.

Breves consideraciones finales

Las propuestas de lucha contra la corrupción revelan una marcada diferencia entre la retórica y las medidas efectivas

para frenarla. Con esta observación trato de apuntar algunos caminos a seguir. Comienzo por una cuestión que guarda relación, principalmente, con la corrupción a pequeña escala, perteneciente a la vida cotidiana; es decir, la existencia de infinitas reglas burocráticas que convierten en un infierno la vida de los ciudadanos. La maraña legal, con origen en la tradición portuguesa, y quién sabe si hispánica, tiene como consecuencia la búsqueda de recursos para escapar a sus exigencias. Aunque se han producido avances en la desburocratización, el problema persiste, tal y como demuestra la existencia de empresas de expedicionarios que se encargan de conseguir una mayor agilidad en la obtención de documentos de los poderes públicos. Como se acostumbra a decir en Brasil, se crean dificultades para vender facilidades.

40

En un plano más amplio, es preciso incentivar, paso a paso, la construcción de una burocracia de Estado, con una carrera de progresión en los cargos públicos, con salarios atractivos, portadora de un espíritu que haga que sus miembros estén menos tentados a cometer prácticas ilícitas. Algunos ejemplos de ello son instituciones como el Banco Central, la Agencia Tributaria y la Policía Federal, pese a que las dos últimas no estén exentas de problemas.

Desde el punto de vista de la legitimidad de las instituciones, a los ojos de la población en general, debe destacarse el bajo índice de confianza en los miembros del Poder Legislativo e incluso del Poder Judicial. La instauración de la confianza en esos poderes depende de medidas cuyo objetivo vaya mucho más allá de inhibir la corrupción. En el caso del Legislativo, el problema más evidente radica en la ausencia de un vínculo efectivo de representación entre los ciu-

dadanos y sus supuestos representantes. La creación de dicho vínculo exige la mejora de los niveles educativos, pero también una reforma política que introduzca un sistema mixto de votación, combinando la votación basada en un criterio proporcional, hoy existente, con la votación a escala de distrito, que, por lo menos en teoría, favorezca una relación de proximidad entre el elector y el gobernante electo. Exige también reducir el número de partidos, algunos de ellos denominados, con razón, «partidos de alquiler» con objeto de lograr el fortalecimiento del sistema de partidos y evitar los frecuentes intercambios en las votaciones, a veces caso por caso, como ocurre en el actual «presidencialismo de coalición», por no hablar de un tema tempestuoso: la financiación de las campañas electorales.

La obtención de legitimidad por parte de las instituciones del Poder Judicial está menos relacionada con las prácticas de corrupción existentes a pequeña escala, y más con la percepción de que la justicia no trata a los ciudadanos del mismo modo, tanto en el ámbito del derecho civil, como en el del penal. La eficacia de los jueces y tribunales ha pasado a ser tan cuestionable, que las grandes empresas evitan dejar en manos de la Justicia la solución de posibles controversias, previendo en sus contratos la aceptación de un juicio arbitral privado.

Por último, recuerdo que, si la combinación de reformas y de medidas represivas es absolutamente necesaria en la lucha contra la corrupción, el principal objetivo consiste en la transformación de una cultura con rasgos transgresores en otra en la que predomine el respeto a las leyes y a las instituciones. Los gobiernos y los miembros de la sociedad civil han adoptado algunas medidas con respecto a ello, pero ésta es una ta-

rea a medio plazo o, visto desde una óptica más pesimista, incluso a largo plazo.

Una última observación general. Brasil ha avanzado claramente en el sentido de convertirse en una potencia media en el mundo y en un magnífico actor en América Latina. Sus ganancias económicas y sociales, la normalidad de una situación democrática, la gradual maduración de las organizaciones de la sociedad civil, el contenido de los debates sobre la inseguridad cotidiana, sobre las cuestiones climáticas, sobre el derecho a la diversidad en las preferencias sexuales, sobre las medidas para reducir las enormes desigualdades sociales, etc. dan lugar a un razonable optimismo con relación al futuro. No es posible, sin embargo, huir de la constatación de un desajuste entre tales avances y la consolidación institucional en la esfera pública. La superación de este desajuste es indispensable para que Brasil pueda consolidar el régimen democrático, convirtiéndose en un ejemplo de democracia en el contexto sudamericano y, ¿por qué no?, también en el contexto mundial.